

En alistado buque envía a España
 Con telas finas de algodón, cautivos,
 Oro en polvo a granel, perlas y nácar.

XIII.

¡Y era ya tiempo! En la lejana corte
 El agraviado Enciso no dormía
 En pasos y cuestiones, demandando
 Contra Vasco favor a la Justicia.
 A deponer a Núñez y a juzgarle,
 De nobles con brillante comitiva,
 Buques y gruesa hueste de soldados,
 Nuevo gobernador de la Castilla
 Del Oro —nombre dado a la comarca
 Del Darién por lo rico de sus minas—
 Viene Pedrarias Dávila trayendo
 A su esposa Isabel de Bobadilla
 Y a Juan Quevedo, fraile franciscano
 Que ostenta del Darién la nueva mitra.
 No sólo ha de regir a la colonia
 Dávila; a su valor y a su pericia
 Deja el rey Don Fernando encomendada
 De la región suriana la conquista.

XIV.

En tanto Vasco Núñez sin descanso
 Vela en campo y ciudad; casas fabrica;
 A las tribus congrega; forma puerto
 Que abrigo al nauta dé; huertos cultiva,
 E inteligente, recto y generoso
 La colonia gobierna y administra,
 Ligando a naturales y europeos
 El interés común bajo su egida.

Desde que el mar del Sud descubre, cambia
 La dureza feroz, la vil codicia
 Que impulsáronle un tiempo, en dulce agrado,
 Y sed de gloria espléndida. En vigilia
 Como en sueños, el piélago a su oído
 Y a sus ojos a un tiempo brama y brilla:
 Si en su voz oye música sonora,
 Causale arrobos místicos su vista:
 Explorar ambiciona sus espacios,
 De sus tormentas afrontar la ira,
 Dormirse a sus arruyos en la calma
 Y hasta su extremidad llevar sus quillas.
 ¿Quién dijera a la mísera Careta—
 Del rústico Darién la flor más linda
 Que al sol de Vasco Núñez vive sólo—
 Que le hallaran helado sus caricias?

Mientras ella lamenta los desvíos
 Del guerrero español a quien le quita
 El mar del Sud, en el del Norte Vasco
 Los ojos sin cesar ávidos fija,
 Esperando las naves y la gente
 Con que a su expedición ha de dar cima.

XV.

Avístanse las naves de Pedrarias
 Y al puerto van llegando entrado Junio:
 Dávila de su arribo y de su cargo
 Aviso a Núñez dar resuelve astuto.
 Mensajero despáchale, que hallóle
 Con traje de algodón holgado y burdo,
 Levantando una choza: oye el recado
 Y corresponde a Dávila el saludo
 Mandándole decir sencillamente
 Que a su obediencia está desde aquel punto,
 Y apagando el ardor de sus soldados
 Que armar en su favor quieren tumulto.
 Pedrarias desembarca y se adelanta
 De la indiana ciudad tomando el rumbo.
 Vienen con él los arriscados nobles,
 La esposa y el obispo al lado suyo;
 Cierra la marcha hueste numerosa
 Brillando con el sol armas y escudos.
 Núñez con reducida humilde corte

De consejeros y soldados brunos
 Llenos de cicatrices y sin armas,
 Salióle a recibir y le condujo
 A su propia mansión, cabaña pobre
 Aunque amplia y rica en vistas y aires puros.
 Cortés sirve a sus huéspedes, en mesa
 En que el blanco mantel es todo el lujo,
 Aves silvestres, carne de venado
 Que se conserva de la leña al humo,
 Tórtillas de maíz —pan de la tierra—
 Frutas y agua sin tasa. Mientras mustios
 Y desolados y con hambre acaso
 Los nobles entre sí formando grupos,
 Se preguntan dó están el oro y perlas
 Y grandeza sin par del Nuevo Mundo;
 Dávila a Núñez, amistad fingiendo,
 Hace hablar del Darién y de sus frutos,
 Del orden con que rige la colonia,
 De sus fuerzas en ella y sus recursos,
 De sus descubrimientos portentosos,
 De sus planes presentes y futuros.
 Manda formarle causa a pocos días,
 Y de enviarle a España hállase a punto;
 Mas de su esposa y del obispo el ruego
 De estos primeros rayos fué conjuro.
 Del gobierno ya Núñez alejado,
 Faltan su previsión y su concurso;
 Los acosados indios se levantan
 Negando en oro y víveres tributo:
 Los soldados que van a reducirlos

O despacha hacia el Sur el necio orgullo
 De Pedrarias queriendo adelantarse
 A Núñez en hazañas y triunfos,
 Tras inútiles marchas y fatigas
 Regresan debelados y confusos.
 Llega a reinar en la colonia el hambre,
 Y de ella en pos, bajo el aciago influjo
 De los pantanos vastos del contorno,
 La peste a la ciudad llena de luto.

XVI.

Viéndose Vasco detenido en tanto,
 Blanco del odio y la sospecha injusta,
 Los marítimos planes en suspenso
 Anhela ejecutar de cuenta suya.
 Y juntando la propia hacienda escasa
 A la de Hernando Argüello que le ayuda,
 De armas en busca y víveres y gente
 Al infiel Garavito manda a Cuba.
 Quiere de nuevo atravesar los montes,
 Y si en la costa al Sur colonia funda,
 Para extender la exploración más tarde
 Base le habrá de ser firme y segura.

Llegan pliegos de España, do la nueva
 De sus descubrimientos y la suma
 Riqueza de sus dones le han trocado

La adversidad en próspera fortuna.
 Del mar del Sud Adelantado, a un tiempo
 Bajo su mando las provincias junta
 De Panamá y de Coyba, aunque a Pedrarias
 Sujeto. Obedecer éste repugna
 Lo resuelto en la corte; Garavito
 Llega, y su expedición, si no le asusta,
 A su envidia y enojo da pretexto
 Para encerrar a Vasco en cárcel dura.
 De nuevo intercedieron el obispo
 Y la esposa de Dávila: atenúa
 De éste la prevención aquél; le pinta
 El bien que a su interés propio resulta
 De trocar en amigo al enemigo
 Y de dos voluntades hacer una.
 Tras largas entrevistas y empleando
 Ya la razón cristiana, ya la astucia,
 Que a Vasco acepte Dávila de yerno
 El empeñoso obispo logra en suma.
 La mayor de las hijas de Pedrarias,
 Joven de prendas altas, bella y culta,
 Vendrá a Núñez a dar mano de esposa,
 Y a éste libre y feliz Darién saluda.
 Quizá el contento público no advierte
 El dolor de otra jóven que en oscuras
 Soledades con lágrimas amargas
 El gentil despreciado seno inunda.
 Quizá el descubridor en sus insomnios
 Oye en torno sonar ayes de angustia,
 Y a Careta ve pálida y llorosa

Y en nuevo amor le enciende su hermosura.
 Vago pesar, remordimiento acaso
 En su ánimo agitado traban lucha;
 Pero recuerda el mar y su destino
 Tras noble eterno afán y pruebas rudas,
 Y uno y otro disipan su tristeza
 Como la brisa el polvo, el sol las brumas.

XVII.

¡Otra vez el favor! Autorizado
 A armar cuatro veleros bergantines,
 Núñez a fabricarlos se apareja
 De Acla, villa novísima, en los lindes.
 Bañados del Atlántico sus bosques
 Danle maderas sólidas y firmes
 Que con anclas y jarcias y velamen,
 No sin aprovechar trazas sutiles,
 En hombros de indios ruda cordillera
 Que por su elevación las nubes ciñen
 Él hace atravesar hasta do el Balsas
 Se acerca al mar del Sud que le recibe.
 Al coronar las crestas el gentío
 Con los maderos que su espalda oprimen,
 Vasto cordón de hormigas va imitando
 Que a la oquedad cercana se dirigen
 Con hojillas y granos que las cubren
 Aunque sin estorbar su marcha libre.

Del Balsas ya en la margen las maderas
 Do secábanse al sol antes de unirse,
 Las arrebató el río en su creciente
 De brava tempestad en noche horrible,
 Y estériles así tantos esfuerzos
 La gente vió desalentada y triste.
 A las selvas de allí menos lejanas
 Vasco el tributo necesario pide;
 Convierte en arsenal la playa ardiente;
 En la ruda labor todos compiten;
 Arman los fuertes cascos y cubiertas
 Que la onda hace flotar; palos erigen;
 Atan la jarcia en ellos y el velamen;
 Hinchén el lino brisas bonancibles,
 Y ufano, alborozado, altivo Núñez,
 La fuerte diestra en el timón que él rige,
 Vivas toda la gente dando a España,
 Salen al mar del Sud dos bergantines.

XVIII.

Sereno el Oceano
 Al despuntar el día,
 Laguna parecía
 Dormida en honda paz.
 La brisa de Levante
 Con ráfaga ligera